

Joaquim Brugué

Los partidos políticos en la
democracia del siglo XXI



Guitarra con incrustaciones, 1925. Juan Gris. Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

Los partidos políticos surgen en el marco de un determinado modelo de democracia y se adaptan a sus requerimientos. Y las dificultades que hoy padecen no se derivan de su incapacidad para desempeñar las tareas que tradicionalmente tenían asignadas sino más bien de la crisis del modelo democrático en el que se inscribían. Han sido el instrumento central para construir una democracia representativa y elitista, ejerciendo la intermediación entre el poder y los ciudadanos.

No parece posible la vuelta a una democracia sin intermediación, como la de Atenas en el siglo V a.C., pero sí es necesario redefinir la manera de ejercer esas intermediaciones. Los ciudadanos ya no aceptan la intermediación instrumentalizadora que han llevado a cabo los partidos políticos a lo largo del siglo XX, por lo que el reto del siglo XXI es poner los partidos al servicio de los ciudadanos, de sus voces y de sus proyectos de transformación social. No se trata de superar la intermediación sino de ponerla al servicio de la ciudadanía.

LA democracia moderna ancla sus orígenes en la revolución americana y, más concretamente, en la Constitución de Filadelfia aprobada en 1787. Se trata de una revolución eminentemente burguesa y que, como tal, desconfía del potencial revolucionario que supondría trasladar el poder al conjunto de la ciudadanía. Por esta razón, muchos analistas la consideran una revolución que rezuma desconfianza democrática y que, en realidad, con el objetivo de institucionalizar esta desconfianza, propone un entramado de densas intermediaciones que permiten controlar y limitar el ejercicio del poder directamente por los ciudadanos. En palabras de Richard H.S. Crossman en su libro *Biografía del Estado Moderno*, la revolución americana, lejos de mostrar ningún entusiasmo democrático, construyó una compleja red de instituciones cuya finalidad era no verse atravesada ni por una sola gota de sudor de soberanía popular.

Como es bien conocido, esta red institucional se construye a partir de múltiples instituciones, de la división de poderes, de procesos descentralizadores y del papel de agentes intermediarios, como las asociaciones civiles, la prensa y los partidos políticos. En este contexto, por lo tanto, el papel que se asigna a los partidos políticos, y que desarrollan con éxito durante el siglo XIX y buena parte del siglo XX, consiste en evitar el contacto directo entre los ciudadanos y el poder. Los partidos políticos, en este sentido, juegan el triple rol de agregar las preferencias de los ciudadanos, de convertirlas en un programa de acción política y de —en caso de ganar las elecciones con este programa— especializarse en el ejercicio del poder. Expresándolo de otra manera, los partidos políticos impiden la expresión personal y articulada de las preferencias por parte de los propios ciudadanos, al tiempo que les aleja definitivamente del ejercicio directo del poder.

Quizá pueda parecer, con esta presentación, que estoy destacando el déficit democrático de los partidos políticos durante este largo período. Nada más lejos de mi intención. Estoy describiendo el papel que han jugado en el desarrollo de un modelo de democracia representativa que, durante casi dos siglos, ha funcionado razonablemente bien y que, de hecho, se ha convertido en la aspiración de la mayoría de los países del planeta. Se trata, efectivamente, de una democracia de interme-

diación, donde los partidos políticos han sido los actores intermediarios por excelencia y, en consecuencia, sus principales protagonistas.

La posición central y protagonista de los partidos políticos en el funcionamiento de la democracia propició que muchos autores se refirieran a ella como una democracia elitista. Una democracia donde el poder reside discursivamente en el pueblo pero donde, en la práctica, se ejerce a través de unas elites que lo monopolizan. Más concretamente, a principios del siglo XX, autores elitistas —como Michels, Pareto o Mosca— consideraban que las organizaciones políticas profesionales (los partidos) eran quienes asumían y concentraban un poder que, en ningún caso, podía ser tocado, ni siquiera percibido, por el conjunto de la ciudadanía. De manera elocuente, Gaetano Mosca, en su obra ya clásica *La clase política*, dejaba claro como el poder democrático, en realidad, se concentraba siempre en una minoría organizada:

“Que el diputado es elegido por la mayoría de los electores es un supuesto legal que, aunque forme la base de nuestro sistema de gobierno, aunque sea ciegamente aceptada por muchos, está sin embargo en perfecta contradicción con el hecho real. Quienquiera que haya asistido a unas elecciones sabe perfectamente que no son los electores quienes eligen al diputado, sino que es el diputado el que se hace elegir por los electores. Si esta manera de decirlo resulta desagradable, podemos sustituirla por esta otra: que son sus amigos quienes lo hacen elegir. En todo caso, una candidatura es siempre obra de un grupo de personas unidas para un propósito común, de una minoría organizada que, como siempre, fatal e inevitablemente, se impone a la mayoría desorganizada.”

Los partidos políticos, en definitiva, han sido el instrumento central para construir una democracia representativa y elitista. Una democracia temerosa del poder de los ciudadanos, tanto por su potencial revolucionario como por los peligros de mediocridad que supondría el gobierno del pueblo. Esta era la gran preocupación de Alexis de Tocqueville. Una preocupación que Henrik Ibsen expresaba con tanta agudeza como ironía en su novela *Un enemigo del pueblo*:

“¿Quién forma la mayoría en cualquier país? Creo que tendremos que estar todos de acuerdo en que los tontos están en abrumadora y terrible mayoría en todo el mundo. Pero en nombre de Dios, no puede ser justo que los tontos gobiernen a los sabios. La mayoría tiene el poder, pero desgraciadamente la mayoría no tiene la razón. Los que tienen la razón son unos pocos individuos aislados como yo. La minoría siempre tiene la razón.”

Así pues, los partidos políticos surgen en el marco de un determinado modelo de democracia y se adaptan a sus requerimientos. Y las dificultades que hoy padecen no se derivan de su incapacidad para desempeñar las tareas que tradicionalmente tenían asignadas sino más bien de la crisis del modelo democrático en el que se inscribían. En el grito del *No nos representan* se condensa la voluntad de superar una democracia basada en la intermediación y el elitismo, mientras que en la exigencia de una *Democracia Real Ya* se manifiesta la voluntad de apostar por una democracia más directa y participativa. Es en este contexto donde los partidos políticos han perdido su funcionalidad tradicional (la intermediación) y están, en primer lugar, intentando descubrir qué nuevo modelo democrático aparece y, en segundo lugar, cuál debería ser su papel en este nuevo escenario. El reto es complejo, pues no se trata únicamente de dificultades de adaptación sino de saber exactamente a qué adaptarse.

Si jugamos con polarizaciones, el modelo alternativo a la democracia representativa que alumbró la revolución americana lo encontramos en la democracia directa de la Atenas del siglo V a.C. Una democracia sin intermediación donde la ciudadanía, reunida en la plaza pública, delibera y toma las decisiones sin necesidad de representantes. En realidad, los atenienses consideraban que incluso a la hora de escoger determinados cargos, la representación adquirida a través de una votación era poco democrática. Con más de veinte siglos de anticipación coincidían con los elitistas y se mostraban convencidos de que en las elecciones siempre ganaban los que tenían más recursos. Por eso preferían la lotería, las elecciones sujetas al azar como mecanismo para seleccionar determinados cargos. Obviamente, en este modelo, los partidos políticos no desempeñan ningún papel, son totalmente prescindibles y, en realidad, se trata expresamente de evitar la aparición de estas instituciones de profesionalización política.

Suponiendo que el péndulo de la historia nos estuviera desplazando hacia el polo de la democracia sin intermediación, entonces el futuro de los partidos políticos sería algo más que sombrío. Los partidos políticos, sencillamente, no tendrían ningún futuro. Son frecuentes las voces que se expresan en esta dirección, proponiendo modelos de democracia radical sin intermediarios, donde el pueblo ejerza directamente el poder y donde, consecuentemente, los partidos políticos son poco más que un anacronismo a superar.

Personalmente, no comparto este diagnóstico. Estoy absolutamente de acuerdo en el agotamiento del modelo de intermediación elitista tal como se ha venido desarrollando, aunque me parece poco probable un retorno al modelo que representó la democracia de la antigüedad. No sólo porque este modelo también mostró sus

dificultades y acabó colapsando poco antes de empezar el siglo IV a.C., sino porque en sociedades tan complejas como las nuestras me parece poco probable poder prescindir de intermediaciones. Lo que sí necesitamos, imperiosamente, es redefinir la manera de ejercer estas intermediaciones.

Mi primera apreciación, por lo tanto, es que necesitamos mantener la intermediación para el buen funcionamiento de nuestro sistema democrático. En una sociedad compleja como la nuestra, los ciudadanos se caracterizan por una amplia diversidad de intereses y valores que entran en colisión. No se trata de un conflicto que pueda evitarse, pues expresa legítimas posiciones de personas o de colectivos que ven las cosas de formas diferentes. Se trata de un conflicto, en cambio, que debería gestionarse políticamente, a través de encontrar posiciones de equilibrio y de tomar decisiones dotadas de autoridad.

Esta intermediación, sin embargo, no puede desplegarse sin legitimidad. Intermediar supone tomar decisiones que no satisfacen plenamente a nadie, de manera que su aceptación reclama importantes dosis de legitimidad. Una legitimidad que, en los últimos años, ha ido erosionándose. Uno de los principales retos de este nuevo milenio consiste, consecuentemente, en recuperar la legitimidad de las instituciones de intermediación. Y, entre ellas, de manera destacada, los partidos políticos. No conozco ninguna receta para avanzar en esta dirección, aunque me atrevo a proponer tres líneas de trabajo.

En primer lugar, la intermediación de los partidos políticos ha ido centrándose excesivamente en su vocación de ejercer el poder. Su papel se ha ido especializando en este ámbito, de manera que los ciudadanos los perciben como aparatos, maquinarias que fijan sus objetivos única y exclusivamente en el acceso a las instituciones. La ciudadanía no tolera ya una intermediación limitada a lo que entendemos como una política *realista*, de corte maquiavélico. La ciudadanía sólo acepta la intermediación cuando se conecta con un proyecto de transformación social, cuando es *utópica* en el sentido platónico del término.

En otros términos, los partidos políticos deberían dejar de ser instrumentos para acceder al poder y convertirse en herramientas para transformar el mundo. Si los ciudadanos comparten y entienden sus objetivos de transformación, aceptarán su papel intermediador. Si los perciben como maquinarias de acceso al poder, no los tolerarán.

En segundo lugar, la intermediación reclama confianza y ésta, lamentablemente, ha desaparecido. Los partidos políticos deben trabajar para recuperarla, aun sabien-

do que esto es mucho más difícil que perderla. Las actuaciones posibles no son originales, sino que deben centrarse en lograr una transparencia efectiva. El acceso a la información, el respeto a unos compromisos de comportamiento y, en general, la ejemplaridad son los pilares para recuperar la confianza de la ciudadanía.

No soy de los que consideran que debemos esperar comportamientos no humanos por parte los políticos. Evaluarlos como si esperáramos que fuesen superhéroes puede ser terapéutico, pero no nos lleva a ningún lado. Tampoco avanzamos mucho con el clásico “tenemos los políticos que nos merecemos”, aunque a menudo puede parecer una respuesta más que adecuada. Entre ambas posiciones, en cambio, subrayaría la necesidad de ejemplaridad como el principal reto de las organizaciones políticas actuales. No pueden ser ni totalmente perfectas ni decididamente imperfectas, sino que deben mantener un constante y sostenido esfuerzo por ser ejemplares.

Finalmente, en tercer lugar, frente a su inercia elitista, los partidos políticos actuales deberían, en mi opinión, otorgar protagonismo a la ciudadanía. La intermediación no puede consistir en hurtar la voz a los ciudadanos sino en facilitar que ésta se exprese y alcance las instituciones de poder. Los partidos políticos deberían, pues, propiciar que los ciudadanos hablaran, debatieran y expresaran sus opiniones, no que delegaran estas actividades en la propia organización. Esto supone no únicamente abrir las ventanas del partido sino, también, acciones proactivas que estimulen su participación.

En definitiva, parecería como si los partidos políticos, a lo largo del siglo XX, hubieran puesto a los ciudadanos a su servicio, utilizándolos para acceder al poder. Quizá no lo hacían con mala intención y, en realidad, su tarea generó importantes incrementos en el bienestar colectivo. Pero hoy los ciudadanos ya no aceptan esta intermediación que los instrumentaliza. Y el reto del siglo XXI, desde mi punto de vista, es poner los partidos políticos al servicio de los ciudadanos, de sus voces y de sus proyectos de transformación social. No se trata de superar la intermediación sino de ponerla al servicio de la ciudadanía.